

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

*La Promesa
de la Nueva
Alianza*

*realizada por la voluntad del Padre
y el amor del Espíritu Santo
mediante la Encarnación del Verbo
en el seno de la Virgen Blanca
de la Encarnación,
y perpetuada
en la santa Madre Iglesia
durante todos los tiempos*



Editorial Eco de la Iglesia

4-2-1971

LA PROMESA DE LA NUEVA ALIANZA

Nilil Obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 29-6-2003

3ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia y de los libros publicados:

«LA IGLESIA Y SU MISTERIO»,
«VIVENCIAS DEL ALMA» y
«FRUTOS DE ORACIÓN»

1ª Edición: Diciembre 1999
© 2003 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006 ROMA - 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91.435.41.45 Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org (*Santa Sede: Congregación para el Clero*)

ISBN: 84-86724-42-2

¡Oh Sabiduría del inmenso Poder, que trasciendes el entender del hombre a distancia infinita, y que muestras, con un querer de tu voluntad, los prodigios más insospechados para nuestra mente acostumbrada al egoísmo y a la pequeñez de nuestro ser y actuar...!; ¡Sabiduría infinita, que esplendorosamente descubres la infinitud de tu amor en promesas divinas y eternas de donación y entrega...!

¡Oh Esplendidez espléndida de la Luz increada, que avasallas con el soplo de tu boca la oscuridad de las tinieblas, y que muestras, en resplandores de luz eterna, los refulgentes y centelleantes soles de tu infinita sabiduría...! Cuando tu luz invade mi ser con un destello de tus infinitas pupilas, mi pobre alma cae adorante en tierra, en un éxtasis de rendición total que, delirante de amor, me hace rebosar en resplandores refulgentes de amorosa sabiduría.

¡Qué impotencia la de mi lengua creada, para expresar lo que mi ser concibe del misterio de Dios en sí y lleno de comunicaciones eter-

nas en donaciones a nosotros...! ¡Palabra infinita de la eterna Sabiduría, dame, en este día, el romper yo en palabra y decir algo, en balbuceo creado y pequeñito, de lo que mi alma ha entendido de tu misterio!

¡Oh impotencia de mi limitado expresar, que no sabe romper el secreto que encierro, que no me deja exponer la hondura trascendente de lo que concibo, y que me tiene luchando ante la luz del eterno Sol, que, iluminando mi ser, me impulsa a expresar, como pueda, lo que entiendo...!

Y mi mente, cada vez más clarificada al ir penetrando minuto a minuto más profundamente en el misterio de la Alianza de Dios con el hombre, se siente cada vez más impotente para decir este misterio indecible de donación inmensa, que el Infinito obró entre Él y su criatura.

Hoy, el impulso del Eterno, en la fuerza abrasadora del Espíritu Santo, haciendo brotar abundantes ráfagas de luz que repletan mi mente, impele irresistiblemente mi corazón para que, rompiendo en palabra, exprese como pueda la filigrana del Creador hacia la criatura en romance de amor.

Hoy bullen, en la hondura de mi ser, resplandores del infinito Sol, que, refulgentes de luz, clarifican mi entendimiento para comprender, en mi limitado entender, la hondura tras-

cedente de los planes de Dios en comunicación hacia el hombre.

¡Si yo fuera poesía
y pudiera descifrar
el misterio que Dios vive
en la hondura trascendente
de su eterna caridad...!

¡Si yo fuera poesía
para poder exponer
la donación infinita
del Infinito Poder...!

Pero soy pobre y no puedo
expresar, en mi expresar,
el misterio que concibo
de infinita caridad.

Hoy mi corazón se agita
y me palpita en el pecho
ante la luz infinita
del Infinito Misterio.

Dios creó al hombre mirándose en lo que a Él le hace ser Dios, en la razón intrínseca de su misma subsistencia divina: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»¹.

Le creó, en el impulso de su amor infinito, para que entrara en el banquete esplendoroso de su festín eterno, y participara, en intimidad

¹ Gén 1, 26.

de familia y comunicación de hogar, en la dicha trascendente e infinitamente gloriosa de su mismo gozo.

Dios creó al hombre para que fuera Dios por participación en la compañía hogareña de su Trinidad infinita; para que conociera su ser eterno con la misma luz de su infinita sabiduría; y para que, siendo palabra en la Expresión Cantora de sus coeternas perfecciones, deletreará con el Verbo el concierto infinito que, en un reventón de plenitud, de vida, de perfección, de riqueza, de belleza, de hermosura, Él se es en sí, en el señorío infinito de su serse Palabra.

Le creó para que, entrando en el gozo de su eterna perfección, se engolfara en las llamas refrigerantes del Espíritu Santo, e, impulsado en su caridad e impelido en su fuego, delirante y saturado de amor, entrara en la hondura repleta, recóndita y eterna de la vida infinita: «Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es»² «transformándonos de claridad en claridad en su misma imagen»³.

Dios creó al hombre... Dios creó al hombre... ¡Oh, cómo creó Dios al hombre...! Tan maravilloso, tan grande, tan esplendoroso, que

² 1 Jn 3, 2.

³ 2 Cor 3, 18.

le dio la posibilidad de poseerle con el gozo que Dios mismo se goza en sí, de saborearle con la Sabiduría con que Él mismo se contempla, de expresarle con su misma Palabra y amarle con el fuego letificante del mismo Espíritu Santo, teniendo por gracia, en participación, lo que Dios tiene por naturaleza. «Nos dio las preciosas y ricas promesas, para hacernos así partícipes de la naturaleza divina»⁴.

¡Oh, cómo creó Dios al hombre...! Mi mente se pierde ante la consideración avasalladora de esta realidad.

Pero el hombre, en una locura imperdonable, en una insensatez incomprensible y en una inconsecuencia total, volviéndose contra Dios que le había hecho «a su imagen y semejanza»⁵, que le había dado sus dones, sus riquezas y sus promesas, que le había creado mirándose en lo que a Él le hace ser Dios en su subsistencia infinita, razón de ser de su misma Divinidad, y que le había dado posibilidad de entrar en su mismo gozo, en su misma felicidad y en la comunicación dichosísima de su mismo festín, le dice que «no».

Ese hombre, que era la manifestación del derramamiento esplendoroso del poder de

⁴ 2 Pe 1, 4.

⁵ Gén 1, 26.

Dios al crearle, en la soberbia de su insensatez, como Luzbel, ¡se rebela contra su Creador...!

¡Oh Señor...! ¡Pero si te veo lleno de majestad y hermosura...! ¡Pero si te veo en tu ser subsistente de por Ti, majestuoso e infinito, siéndote lo que te eres, en llenura repleta y saturación total, sin necesitar nada que no seas Tú en Ti, por Ti y para Ti...!

¡Oh Señor...! ¡Oh Señor...! ¡Si te contemplo diciéndote a Ti mismo por el Verbo, en un decir sin palabras, en un expresar sin conceptos, en un deletrear sin letras y en una expresión que es estártelo siendo en sabiduría de expresión amorosa e infinita: «Yo soy el que me soy»⁶ de por mí! Y me lo soy siéndome en la plenitud plena de mi potencialidad absoluta, sin nada ni nadie que me dé, ni que me quite, ni que me ponga.

¡Oh Señor...! Y veo que, mirándote en lo que te eres, creas criaturas que, por Ti, sean a imagen de tu serte increado e infinito; no sólo para que sean por participación lo que Tú eres, sino para que, gozando en lo que eres y por lo que lo eres, vivan de tu misma felicidad en la compañía de tu Hogar infinito... «Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos,

⁶ Cfr. Éx 3, 14.

que nos hace gritar: ¡Abbá! –¡Padre!–. Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con Él para ser también con Él glorificados»⁷.

¡Oh Señor...! ¡Perdona, pero, por más que me esfuerzo, en mi pobrecita mente no puede entrar tanto; en mi pequeñito entendimiento no cabe el delirio de tu amor hacia el hombre al crearle!

¡Oh...! Y a esa criatura que Tú hiciste mirándote en lo que eres y a imagen de tu serte Dios, le dices –en un decir que tampoco es decir, porque Tú no necesitas hablar para comunicar tu pensamiento–: Mira lo que soy y mira lo que he hecho contigo para que seas de por mí; reconócelo, que en ello está tu gozo y la llenura y plenitud de tu suma felicidad:

«El Señor Dios dio este mandato al hombre: “Puedes comer de todos los árboles del jardín; pero del árbol del conocimiento del bien y el mal no comas; porque el día en que comas de él, tendrás que morir”»⁸.

Y, lleno de ternura y de amor, el corazón infinito del Padre espera la respuesta del hombre. Espera una respuesta repleta de cariño, impreg-

⁷ Rm 8, 15-16.

⁸ Gén 2, 16-17.

nada de agradecimiento; una respuesta que sea una entrega de correspondencia a su don.

Pero el hombre mira a Dios y se mira a sí mismo. Y al verse tan Dios por participación, tan hermoso, conocedor del Bien y de la Perfección suma, lleno de sus dones eternos, saturado de la luz y de la sabiduría del Infinito, preparado para entrar en los eternos goces de la misma Trinidad; al mirarse a sí como es de por Dios, perdió la cuenta y, en su insensatez e incomprensibilidad, creyéndose poderoso de por sí, le dice: «¡No te serviré!»⁹:

«La mujer se dio cuenta de que el árbol era apetitoso, atrayente y deseable porque daba inteligencia; y cogió un fruto, comió, se lo alargó a su marido, y él también comió»¹⁰.

Y, en ese mismo instante, se obra en el hombre una transformación tal, que el que había sido creado para poseer el Bien infinito, sintiéndose poseído y esclavizado por el mal, se encuentra con una nueva y amarga sabiduría, la ciencia experimental del mal, que le repleta y satura hasta la médula de su ser, envolviendo todos sus pensamientos, sus inclinaciones y apetencias llenas de concupiscencias, invadiendo todas sus capacidades:

«Se les abrieron los ojos a los dos, y descubrieron que estaban desnudos; entrelazaron

⁹ Jer 2, 20.

¹⁰ Gén 3, 6.

hojas de higuera y se las ciñeron. Oyeron al Señor que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa; el hombre y su mujer se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín»¹¹.

¡Oh terribilidad de la soberbia del hombre, que le ha hecho comprender, palpar, saborear y poseer, en una posesión de adhesión total, la ciencia, para él desconocida por la magnificencia y santidad que Dios, al crearle, había derramado sobre él! Y su mente, acostumbrada y creada para la posesión del Infinito, se encuentra saturada de la ciencia del mal, que, penetrándole en la médula de su ser, le hace saborear, en un saboreo de putrefacción pecaminosa, la sabiduría del apartamiento de Dios y sus consecuencias:

«Sé muy bien que no es bueno eso que habita en mí, es decir, en mis bajos instintos; porque el querer lo bueno lo tengo a mano, pero el hacerlo, no. El bien que quiero hacer no lo hago; el mal que no quiero hacer, eso es lo que hago. Entonces, si hago precisamente lo que no quiero, señal que no soy yo el que actúa, sino el pecado que llevo dentro. Cuando quiero hacer lo bueno, me encuentro inevitablemente con lo malo en las manos. En mi interior me complazco en la ley de Dios, pero

¹¹ Gén 3, 7-8.

percibo en mi cuerpo un principio diferente que guerrea contra la ley que aprueba mi razón, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mi cuerpo. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este ser mío, presa de la muerte?»¹².

El hombre, tras la experiencia y el saber de su nueva ciencia, vuelve a mirar a Dios y no lo ve, porque se ha quedado ciego y sin la luz esplendorosa de la sabiduría que poseía, estando su entendimiento en la oscuridad del pecado que no le deja ver a su Creador. Le ha perdido ¡y para siempre!

¡El hombre no tiene solución...! Aquella alianza que Dios hizo con él al crearle, llena de promesas, ha quedado rota por su «no» voluntario.

¡Oh terribilidad terrible del pecado, que deja a la criatura, creada sólo y exclusivamente para poseer a Dios, sin razón de ser frente al Bien único para el cual ha sido predestinado...! ¡Oh insensatez de la mente humana que, cuando Dios le enseña lo que es Él de por sí, y después le muestra lo que es el hombre por Dios, al pedirle que reconozca cómo Dios es de por sí y cómo el hombre es de por Dios, en la locura inimaginable e incomprensible de

¹² Rm 7, 18-24.

su desvarío dice, ante la claridad absoluta de la verdad: «¡No quiero!»!

¡Qué tinieblas en el alma del hombre! ¡En qué situación le puso su «no» voluntario y recopilador del pensamiento de todos los demás hombres! ¡Qué realidad tan desoladora, que dejó a la criatura, hecha para poseer al mismo Infinito, sin razón de ser! ¡Qué angustia la de su corazón, qué penumbra la de su vida, qué oscuridad la de su mente!

Se vuelve hacia Dios ¡y le ha perdido! Se mira a sí mismo, y no sabe siquiera su razón de ser, ni el porqué ni el para qué de su existir. Está en el mundo, sin sentido. Separado de la ciencia infinita del Bien, nada sabe. Sólo la ciencia del mal, incrustándose en él, le lleva a arrastrarse por el fango de su propia corrupción, en busca de un placer que llene las exigencias torturantes y reseca de las capacidades casi infinitas de su alma y las apetencias más hondas de su corazón, creado sólo para saciarse con las repleturas en posesión participativa de los atributos y las perfecciones infinitas.

«Desde el cielo Dios revela su reprobación de toda impiedad e injusticia de los hombres, que tienen la verdad prisionera de la injusticia.

Realmente no tienen defensa, porque conociendo a Dios no le han dado la gloria y las gracias que Dios se merecía. Al contrario, su

razonar acabó en vaciedades y su mente insensata se sumergió en tinieblas. Alardeando de sabios, resultaron unos necios que cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes del hombre mortal, de pájaros, cuadrúpedos y reptiles. Por esa razón los ha entregado Dios a la bajeza de sus deseos, con la consiguiente degradación de sus propios cuerpos; por haber cambiado al Dios verdadero por uno falso, adorando y dando culto a la criatura en vez de al Creador. ¡Bendito Él por siempre! Amén.

Por lo cual los entregó Dios a las pasiones vergonzosas, cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío. Y como no procuraron conocer a Dios, Dios los entregó a su réprobo sentir, que los lleva a cometer torpezas, y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad...; los cuales, conociendo la sentencia de Dios, que quienes tales cosas hacen son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que aplauden a quienes las hacen»¹³.

¡Oh situación terrible la del hombre, creado para adentrarse en el serse del Ser y poseerle en la saturación sabrosísima de su misma felicidad...! «¡Me dejaron a mí que soy Fuente de aguas vivas, y se cavaron cisternas, cisternas rotas!»¹⁴.

¹³ Rm 1, 18. 20b-26a. 27b-29a. 32. ¹⁴ Jer 2, 13.

Pero Dios se mira a sí. Se ve en la esplendidez de su plenitud, en la saturación de su subsistencia infinita, lleno por la sabiduría de su poder; y, en un acto de adhesión a sí mismo en su plan eterno, movido a compasión, se inclina de nuevo hacia la criatura que Él había hecho con tanto cariño y derramamiento de su amor infinito.

Sí, Dios mira nuevamente a su creación, a la manifestación en creación de su amor eterno, y está rota, como un vaso de cristal caído al suelo. ¡Está hecha trozos y sin solución! Así como un cántaro roto jamás podría de por sí volver a ser lo que fue, por mucho que sus trozos intentasen pegarse entre ellos, así la creación del hombre ha sido despedazada sin remedio. ¡Pobre hombre! ¡A dónde le llevó su deseo de ser como Dios, de ser conocedor de la ciencia del mal, para él desconocida por el amor infinito del que le creó sólo y exclusivamente para la posesión del Bien eterno!

«La serpiente replicó a la mujer: “No es verdad que tengáis que morir. Bien sabe Dios que cuando comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal”»¹⁵.

El hombre mira a Dios, desde la postración de su propio fracaso, al haberse rebelado con-

¹⁵ Gén 3, 4-5.

tra Él. Quiere componerse a sí mismo en un esfuerzo de su poder limitado, intenta ocultarse para no presentarse hecho pedazos ante el Creador, y experimenta la limitación y pobreza de su ser que no es capaz por sí solo de realizar el más mínimo movimiento de recuperación.

Está destrozado, destruido, ¡y para siempre! Se encuentra postrado sin tener quien le levante; se ve deshecho sin saber ni poderse rehacer. Y la situación en que se halla es tan terriblemente humillante, que no es capaz siquiera de levantar su corazón a Dios para pedirle misericordia. La ciencia del mal le dejó tan empobrecido y entenebrecido, que, por más que busque el Bien perdido, la ceguera de su situación no le dejará descubrir el amor infinito, luminoso y centelleante de la eterna Misericordia. ¡Hasta de mirarse a sí mismo se encuentra avergonzado...!

Está roto, desnudo, destrozado, sin razón de ser, porque, en su insensatez, al querer ser como Dios, no sólo conociendo la ciencia del Bien sino, queriendo poseer en contra de la voluntad divina la ciencia del mal, con su «no» rompe los planes del Creador y se destroza a sí mismo; dejando sin sentido hasta la misma creación, de la cual es la voz y la representa ante el Ser infinito e increado que le dio el ser:

«La creación fue sometida a la frustración no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería libre de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo»¹⁶.

Pero a Dios, al mirar al hombre en la situación en que se encuentra, se le mueven las honduras de sus entrañas en compasión, se le remueve la médula de su ser infinito, se siente estremecer en el amor del Espíritu Santo. Las tres divinas Personas, mirándose entre sí, hubieran roto a llorar –si en Dios cupiera el llanto, que no cabe–, ante la catástrofe espeluznante en que el hombre está envuelto: ¡aquella criatura que con ternura infinita fue creada por su mano omnipotente; aquella que, llena de los dones del Espíritu Santo, era capaz de ser, por participación, lo que Él mismo era; la criatura en la que Él había ido poniendo los reflejos de

¹⁶ Rm 8, 20-23.

su serse sabiduría, de su serse Padre, de su serse Amor candente en las llamas del Espíritu Santo...!

Y fue ¡tanto, tanto, tanto! el destrozo del hombre ante Dios que no puede llorar, que, para poder llorar, Dios se hace Hombre. ¡Porque había que llorar, como fuera, ante aquella respuesta de la criatura a su Creador!

Y Dios, a pesar de no poder realizar en sí, por la plenitud de su ser y la grandeza de su subsistencia, la necesidad de padecer y llorar por la situación escalofriante en que el hombre se encontraba, inventó, de una manera portentosa y maravillosa, el modo de poder realizar aquello que el «no» de la criatura clamaba ante la rotura de los planes eternos.

«Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado»¹⁷.

«Lloró Jesús, y los judíos decían: ¡Cómo le amaba!»¹⁸.

Y «al acercarse Jesús a Jerusalén y ver la ciudad, lloró por ella diciendo: “¡Si al menos en este día conocieras también tú lo que te traigo para la paz...! Pero no: está escondido a tus ojos”»¹⁹.

¹⁷ Heb 5, 7.

¹⁸ Jn 11, 35-36.

¹⁹ Lc 19, 41-42.

Al mirar Dios a sus pies hecha trozos a su criatura que con tanto cariño Él había tenido entre sus brazos y había acariciado y sostenido en su regazo; a esa criatura que, no queriendo sometérselo, al soltársele, en un esfuerzo de soberbia, de sus manos, cayó al suelo y se rompió, y que, al mirarse destrozada, desde su postración levanta sus ojos al Creador y no le encuentra por ninguna parte porque le ha perdido ¡y para siempre!

al mirar a esa criatura que quisiera clamar pidiendo compasión al Infinito, pero que no puede porque su garganta está cascada y no tiene palabras; que quisiera..., que quisiera... ¡y no puede!, porque, de lo que era, sólo quedan unos trozos, un pingajo, y ante esa postración, se hunde en la amargura de su desolación para siempre;

al mirar así al hombre, las tres divinas Personas derramándose en compasión amorosa de misericordia, y llenas de amor y ternura, en reunión de Familia y en intimidad de Hogar, determinan entre sí:

— ¿Qué hacer con el hombre? ¿Cómo solucionar su problema? ¿Cómo restablecerle de nuevo? ¿Cómo unir nuevamente a la criatura con su Creador, al cual ha ofendido, rebelándose contra su Santidad infinita, ultrajada? ¿Para qué hacer otro hombre que volverá a romperse? ¿Para qué otra criatura que vuelva a decir que «no»? Los ángeles..., los hombres...

Y ¡oh misterio...!, en el Consejo infinito se determina algo insospechado; se obra algo tan incomprensible, tan inimaginable, tan incalculable, tan extraño y tan eterno, que sólo a Dios se le puede ocurrir porque sólo Él lo puede realizar: el Padre, en una manifestación infinita de señorío, de plenitud, le dice a su Hijo, movido por el amor del Espíritu Santo:

— Tú serás el Hombre, Tú serás la Nueva Creación.

— «*Ecce Homo*: ¡He aquí al Hombre!»²⁰.

— ¡Pero si Yo no puedo porque soy Dios...! —si en Dios cupiera no poder algo—, dice el Verbo. ¿Cómo podré ser Hombre si soy Dios...? Aunque sé que todo lo puedo por el poder que Tú tienes y el poder que Yo tengo de por Ti, en Ti y en mí. Pero, como lo que quieres quiero y lo que puedes puedo, Yo seré Hombre, Yo seré criatura, Yo seré creación. Y lo seré porque el amor que Tú me tienes y Yo te tengo en el Espíritu Santo, ¡oh Padre!, nos impulsa a que la creación que salió de tus manos como reflejo de tu perfección, que es la mía y que Yo expreso, no quede de esta manera; no puede quedar así porque tu Amor y mi Amor infinito nos pide una regeneración.

«Y dijo Yahvé Dios a la serpiente: establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu es-

²⁰ Jn 19, 5.

tirpe y la suya; ella aplastará tu cabeza, cuando tú caigas sobre su talón»²¹.

Promesa renovada a nuestros Padres Abraham, Isaac y Jacob: «Yo soy Yahvé, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra sobre la cual estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será ésta como el polvo de la tierra... Y en ti y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra»²². Promesa anunciada por los Profetas y realizada y cumplida en la plenitud de los tiempos en Cristo, el Mesías prometido, el Ungido de Yahvé, el Unigénito de Dios hecho Hombre:

«Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham y herederos según la promesa»²³.

Dios va a realizar su Alianza con el hombre e inventa una manera, dentro de su infinita sabiduría, que casi no cabe en la posibilidad potencial del infinito y coeterno Ser. Porque Dios sólo puede ser Dios y el hombre sólo puede

²¹ Gén 3, 15.

²² Gén 28, 13-14.

²³ Gál 3, 26-29.

ser hombre. Y la manifestación de la sabiduría y poder infinitos consiste en que Dios, sin dejar de ser Dios, sea Hombre, y el Hombre, sin dejar de ser hombre, sea Dios; obrándose todo esto mediante el misterio de la Encarnación en las entrañas de aquella criatura que el mismo Padre, movido en el amor infinito del Espíritu Santo, crea para ser Madre de su Hijo Encarnado: La nueva Mujer que aplastaría la cabeza del dragón²⁴; «La Virgen que concebiría y daría a luz un hijo al que pondría por nombre Emmanuel, que significa “Dios con nosotros”»²⁵.

«Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen, desposada con un hombre llamado José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María. El Ángel le dijo: “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin”»²⁶.

¡Oh...! ¡¿Quién podrá comprender el amor de Dios para con su criatura, que, para que no falte nada a la manifestación majestuosa y llena de esplendor de su ternura hacia ella, le da

²⁴ Cfr. Gén 3, 15.

²⁵ Is 7, 14.

²⁶ Lc 1, 26-27. 30-33.

una Madre que sea capaz de entregarle al Unigénito del Padre con corazón maternal y amor de Espíritu Santo?! Y esta maternidad es tan maravillosa, que es Maternidad divina, porque es el mismo Dios quien en el seno de María se hace hombre:

«Y María dijo al Ángel: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?”. El Ángel le contestó: “El Espíritu Santo vendrá sobre Ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios”»²⁷. «María dijo: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”»²⁸.

Es la Virgen tan Señora,
de tanta maternidad,
que es Madre del Infinito,
¡quién lo llegara a soñar...!

¡Dios que se encarna en su seno
para, en él, realizar
el misterio trascendente
que nadie pudo pensar!:

¡Dios que, siendo Dios, es Hombre,
sin cambiar en su Deidad,
y el Hombre que Dios se hace
sin dejar de ser mortal...!

²⁷ Lc 1, 34-35.

²⁸ Lc 1, 38.

¡Misterio de los misterios,
lleno de Divinidad...!
La Virgen que rompe en Madre
sin romper virginidad.

Mientras más Virgen más Madre,
de tanta maternidad,
que es Maternidad divina,
fruto de virginidad.

¡Oh qué misterio tan grande...!
¿Quién lo podrá contemplar
sin que su mente lo empañe
al no poderlo abarcar,
al no entender su excelencia
por su gran grandiosidad...?

Tengo una Madre tan Virgen,
¡que es toda Maternidad...!

Y por el misterio de la Encarnación, y en el seno de María, Dios crea a una criatura tan para sí, que nunca se separará de sus manos ni se podrá romper, porque esta criatura humana será Dios.

¡Ya no hay poder que rompa al Hombre! ¡Ya el Hombre no se puede romper a sí mismo, pues no puede querer más que lo que Dios quiere, porque es Dios! ¿Quién podrá separar la humanidad de Cristo de la persona del Verbo? ¿Quién podrá separar a la Divinidad de la

humanidad, si la humanidad no tiene más persona que la divina, que el «Sí» eterno del Padre, como contestación y respuesta de la criatura a su Creador?

¡Oh misterio de los misterios! Dios ha hecho una alianza con el hombre tan eterna como infinita, tan perfecta como Él mismo, porque Él mismo en sí es la Alianza eterna de Dios con el hombre:

«Cristo ha venido como Sumo Sacerdote de los bienes definitivos. Su templo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. Ha entrado por su propia sangre en el *Sancta Sanctorum* de una vez para siempre, consiguiéndonos la redención eterna.

Por eso es mediador de una nueva Alianza o Testamento; para que, interviniendo su muerte para remisión de las transgresiones del primer Testamento, los que han sido llamados reciban la promesa de la herencia eterna»²⁹.

Ya está Jesucristo, que es Dios y es Hombre, que es el Cielo y es la tierra, que es la Divinidad y la Humanidad, que es la Riqueza, que es el «Sí» infinito a la manifestación omnipotente de la voluntad creadora y coeterna de Dios. ¡Quien pueda romper a Cristo, romperá la Alianza de Dios con el hombre! ¡Quien pueda

²⁹ Heb 9, 11-12. 15.

romper a Cristo, destruirá la Promesa de la Nueva Alianza!

Porque Cristo es la Alianza realizada y cumplida de Dios con el hombre, el Unigénito de Dios Encarnado, al cual se le debe todo honor y gloria, y «ante el cual se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos»³⁰; y el único capaz de unir a Dios con el hombre, y restaurar la humanidad caída.

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino a través de mí»³¹;

«Bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos»³².

Y, ¡oh malicia terrible del hombre, de la criatura contra el Creador, que, para poder romper la Alianza de la Nueva Promesa, mató a Cristo! Mas éste fue el Sacrificio que hizo perpetuas las promesas de la Nueva Alianza, y el medio de la restauración. Porque, con la muerte de Cristo, fue sepultado el pecado y surgió un Hombre nuevo, incorruptible, un Hombre glorioso, sin las ataduras de la corrupción y sin las consecuencias del pecado.

«Pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la

³⁰ Flp 2, 10.

³¹ Jn 14, 6.

³² Hch 4, 12.

muerte ya no tiene dominio sobre Él. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios»³³.

Y así, la Promesa de la Nueva Alianza es tan esplendorosa, que Cristo, naciendo en un pesebre, padeciendo hambre y sed, sufriendo el frío de la ingratitud de los hombres, recopilando en sí todas las consecuencias del pecado –sin ser pecado– por los pecadores, por aquel destrozado de criatura caído a los pies del Creador, hizo que, al «ser levantado en alto», como muestra de destrucción y como consecuencia del «no» a Dios, representara también y manifestara a los hombres hasta dónde el «no» del mismo hombre era capaz de llevar al Autor de la vida: «Cuando Yo sea levantado en alto, todo lo atraeré a mí»³⁴.

Cristo, en la cruz, sintió las consecuencias del pecado, experimentó en sí el desamparo en que el pecado había dejado al hombre frente a Dios, y se sintió abandonado del Padre. Y cuando ya lo había atraído todo hacia Él y había restaurado paso a paso a aquel hombre roto, cuando había sufrido en sí las consecuencias del «no» de la criatura al Creador y había respondido a Dios llorando, según la infinita Santidad se merecía, terminó con el: «Todo está consumado»³⁵.

³³ Rm 6, 9-10.

³⁴ Jn 12, 32.

³⁵ Jn 19, 30.

Y el hombre pecador, ante Cristo llagado, ante el Autor de la vida crucificado y muerto en su humanidad, ante el triunfo aparente de su propia maldad, se regocijó porque creyó que nuevamente había podido romper la Promesa de la Nueva Alianza, sin saber que el fruto de aquella destrucción era el principio de la restauración y de la glorificación del hombre frente a su Creador.

«Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna»³⁶.

Y resucitó Cristo realizando en sí lo que Dios había realizado en el hombre; resucitó un Hombre glorioso, impasible, siendo Él mismo la realización terminada de la Promesa de Dios a su Pueblo en la Nueva Alianza.

Dios, cuando obra, lo hace como Dios; y como en Él el querer es obrar, cuando quiere hacer una alianza irrompible con su Pueblo, Él mismo es la Alianza. Pero, como el Dicho de Dios es el Verbo, al decir Dios a los hombres su palabra de alianza eterna, la dice haciéndose Hombre y siendo Él mismo en sí la Palabra y la Alianza en perpetuación eterna. Y por eso, Él encierra en sí la plenitud del Sacerdocio; porque el sacerdote es el que une a Dios con

³⁶ Jn 3, 14-15.

el hombre, el realizador de la Nueva Alianza. Este Sacerdote en plenitud es Cristo.

«Pues Dios es uno, y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos»³⁷.

¡Señor! Pero... ¿qué me estás diciendo...? ¿Que Tú y yo eternamente estaremos unidos...? ¡De qué modo me estás prometiendo mi unión contigo...! ¡De qué manera estás afianzando tu promesa en tu palabra! ¿Qué harás para que tu palabra sea realidad y tu promesa cumplida...?

¡Oh misterio de los misterios!: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»³⁸. ¡Ya se cumplió tu promesa...! ¡Ya se realizó tu palabra en una palabra tan palabra y en un dicho tan irrompible, que Tú mismo eres la Palabra, la Promesa, la Alianza del Nuevo Testamento; que Tú mismo eres en Ti la unión de Dios con el hombre, siendo Tú en Ti la criatura y el Creador!

¡Oh...! Mi mente hoy desvaría. Mi palpar se agita ante la Promesa eterna de Dios, que se comunica sin ruido de palabras, de conceptos, en Explicación divina...

¡Oh...! Mi mente se pierde ante la Promesa eterna que Dios en sí realiza. ¿Quién podrá

³⁷ 1 Tim 2, 5-6a.

³⁸ Jn 1, 14.

romper a Dios en su Promesa divina? ¿Quién podrá volverse hacia el Creador para romper su Promesa? ¡Ni los infiernos con su terrible malicia...!

¡Si yo pudiera decir esta fuerza que palpita en el fondo de mi pecho, esto que siente mi ser que yo quisiera expresar...! ¡Si yo pudiera escribir lo que concibe mi entendimiento a la luz del Eterno, al ver cómo se afianza la Promesa de la Alianza con su Pueblo...!

¡Oh la Alianza eterna del Nuevo Testamento...! ¡Alianza perpetua, anunciada por Dios a nuestros primeros Padres en el Paraíso terrenal, prometida a Abraham y a su descendencia para siempre, manifestada por los santos Profetas del Antiguo Testamento y realizada por Cristo, el Ungido de Yahvé, Varón de dolores que, cual Cordero inmaculado, con su sangre divina quita los pecados del mundo; Alianza que continúa en la eternidad por todos los siglos, sin tiempo...!

¡Cómo se entienden, a la luz de la coeterna sabiduría del infinito Ser, todos los planes de Dios en su Promesa...!

Y para que esta Alianza sea perpetua con la restauración de Cristo mediante el misterio de su vida, muerte y resurrección, Dios quiso quedarse con el hombre, pero glorioso: «Yo estaré

con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos»³⁹ en una Alianza de amor infinito.

Y esta Alianza tiene su razón intrínseca de ser en que Dios y el hombre se han unido en la persona del Verbo tan inquebrantablemente por la unión hipostática, que ya Dios es Hombre y el Hombre es Dios.

Pero, como el Verbo no se puede separar del Padre y del Espíritu Santo en su divinidad —«Yo y el Padre somos una sola cosa»⁴⁰—; Cristo, en su humanidad, tampoco se puede separar de los demás hombres desde el momento de la Encarnación. Por lo que, en un misterio inimaginable e indescribible de unión de Dios con el hombre, entre la criatura y el Creador, lleno de divina e infinita misericordia, Cristo será siempre la Cabeza y nosotros miembros de su Cuerpo; por lo que ya los hombres seremos el Cuerpo místico de Cristo, que es lo mismo que el Cuerpo Místico de Dios en Cristo Jesús.

«Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo

³⁹ Mt 28, 20.

⁴⁰ Jn 10, 30.

cuerpo. Vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro»⁴¹.

¡Y ésta es la Promesa de la Nueva Alianza: Dios que se da al hombre por el Cristo, en su Trinidad de Personas, y el hombre que, por el Ungido de Yahvé, el Unigénito de Dios Encarnado, queda misteriosa y eternamente unido por participación con la vida inefable de la Familia Divina!; por lo que somos templos vivos de Dios y moradas del Altísimo: «El que me ama guardará mi Palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él»⁴².

Y ¿quién podrá separar a Cristo del Padre y del Espíritu Santo? El que pueda separar a la humanidad y la Divinidad unidas hipostáticamente en matrimonio indisoluble y eterno en la persona del Verbo, y a Cristo de los hombres; ya que Cristo es una cosa con el Padre y con el Espíritu Santo y es uno con todos los hombres; porque Cristo, por su divinidad, es Dios y, por su humanidad, es Hombre. Y como Cristo no puede ser destruido, porque precisamente por su destrucción aparente surgió la resurrección y la vida, Dios jamás podrá separarse del Hombre y el Hombre jamás podrá separarse de Dios.

¡Ésta es la «locura» de la Promesa de Dios al hombre! ¡Ésta es la «locura» de la Promesa de la

⁴¹ 1 Cor 12, 12-13a. 27.

⁴² Jn 14, 23.

eterna y Nueva Alianza! Promesa que no son dos, sino una: prometida por Yahvé en el Antiguo Testamento, y realizada y cumplida por Cristo, a través de María, en la nueva y celestial Jerusalén.

Promesa que no sólo no se puede romper, sino que tiene que ser perpetuada patentemente a través de los tiempos. Promesa y Alianza que tuvo un principio sin fin. Promesa cumplida del Hombre Dios que quiere estar con los hombres cuanto duren los siglos, con cada uno de ellos en todos y en cada uno de los momentos de sus vidas: «El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y Yo en él y Yo le resucitaré en el último día»⁴³; y que quiere que todos y cada uno de los hombres se sientan injertados en Él como los sarmientos en la vid, y le tengan, como Buen Pastor que da la vida por sus ovejas, misteriosamente entre ellos, en todos y en cada uno de los momentos de su vida durante los treinta y tres años que pasó en la tierra.

«Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo, os habéis revestido de Cristo»⁴⁴.

Promesa de la Nueva Alianza que no es como nuestras promesas, que se quedan en palabras, sino que realiza lo que dice. Y, como Dios vive en un eterno Decir, según es se nos

⁴³ Jn 6, 56. 40b.

⁴⁴ Gál 3, 27.

manifiesta, diciéndonos a todos y a cada uno de nosotros en nuestro tiempo, en nuestro modo, en nuestro estilo y circunstancias.

Por lo que, al obrar su Palabra lo que dice, ese decírnos es obrarse en nosotros, en cada uno de los momentos de nuestra vida. Por ello, el que ama a Dios observa su doctrina y Dios mora dentro de su corazón.

¡Qué hermosa es la ternura del Amor infinito hacia el hombre! Cuando, en la noche de la Cena, los Apóstoles, barruntando una próxima separación, están tristes, entonces la Promesa de la Nueva Alianza realiza su promesa de perpetuación entre nosotros estableciendo su compromiso eterno.

«Yo he recibido del Señor una tradición, y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó un pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: “Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que bebáis, en memoria mía”⁴⁵.

En esta nueva promesa queda instituida la Eucaristía, por el Sacrificio incruento del altar,

⁴⁵ 1 Cor 11, 23-25.

perpetuación de la vida, muerte y resurrección de Cristo; por lo que en la santa Misa se nos perpetúa en realización constante la Promesa de la Nueva Alianza de Dios con el hombre. Y la Promesa de esta Nueva Alianza, no sólo se cumple porque Cristo nos prometió estar con nosotros, sino que es una Promesa que encierra en sí la realización actualizada de la vida, muerte y resurrección de Cristo en cada uno de los momentos de nuestra existencia. Esa Promesa de la Nueva Alianza se nos perpetúa en el Sacrificio Eucarístico y, de un modo misterioso, también en los demás Sacramentos.

¿Qué es el Sacrificio del altar? Cristo viviendo con nosotros, en el ejercicio pleno de su Sacerdocio, su encarnación, vida, muerte y resurrección, diciéndonos su vida, comunicándonos sus dones, injertándonos en Él, perpetuando esa injercción y haciéndose por y en la plenitud del ejercicio de su Sacerdocio Glorificador de Dios, Reparador de los pecados de los hombres y conciliador de los hombres con Dios. Cristo es la Promesa de Dios, hecha realización en perpetuación eterna para todos y cada uno de los hombres en todos los momentos de la vida de cada uno de ellos.

Y para que esto fuera realidad palpable, viviente y palpitante, para que la realidad exis-

tente entre Dios y el hombre fuera visible, visiblemente Dios se quedó con nosotros en la realización de su Promesa. Esta realización es la nueva Sión, la Iglesia santa fundada por Cristo y encomendada a sus Apóstoles, saturada de Divinidad y repleta de todos los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo desde el día de Pentecostés. Por lo que la Iglesia es la congregación, la perpetuación, la mantención perenne y eterna de la unión de Dios con el hombre y del hombre con Dios.

«Vi la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, desde Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo. Escuché una voz potente que decía desde el trono: “Esta es la morada de Dios con los hombres: y habitará entre ellos. Ellos serán su Pueblo, y el mismo ‘Dios-con-ellos’ será su Dios”»⁴⁶.

La Iglesia es la que encierra en sí, por el Unigénito del único Dios verdadero, Jesucristo su enviado, el misterio de esa unión, porque ella es en sí todo el Cuerpo místico de Cristo, Cabeza y miembros. Y por ser la Cabeza y los miembros, la Iglesia es el Cristo Total, la que tiene la plenitud de la Divinidad y la que, por Cristo, con Él y en Él, carga con los pecados de todos los hombres. Por eso es divina y huma-

⁴⁶ Ap 21, 2-3.

na; por eso está erguida y tirada en tierra, es Reina y es Señora, y es, con Jesús, «gusano y no hombre, el desecho de la plebe y la mofa de cuantos la contemplan»⁴⁷.

«Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, purificándola mediante el baño del agua con la palabra, para presentársela Él ante sí mismo, a la Iglesia, gloriosa, no teniendo mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada»⁴⁸.

— ¿Qué es la Iglesia?

— El Pueblo de Dios con Dios, y Dios con su Pueblo.

— ¿Qué es la Iglesia?

— Cristo con el hombre y el hombre con Dios.

— ¿Qué es la Iglesia?

— El Cristo Grande de todos los tiempos, Cabeza y miembros. Pero el Cristo Total que tiene en sí al Padre y al Espíritu Santo viviendo su vida en la plenitud y en la claridad de su gloria, en la santidad de su majestad y en la infinitud de su perfección; y que tiene en sí a todos los hombres de todos los tiempos que han sido, que son y que serán, con la santidad de sus vidas o con la monstruosidad escalofriante

⁴⁷ Sal 21, 7.

⁴⁸ Ef 5, 25-27.

y espeluznante de sus pecados; que tiene en sí la plenitud de la Divinidad en su real Cabeza «pues en Cristo habita la plenitud de la Divinidad corporalmente»⁴⁹; y que tiene en sí, por Cristo y como Cristo, la totalidad de los pecados de sus miembros...

— ¿Qué es la Iglesia?

— La Promesa de la Nueva Alianza entre los hombres; la realización de aquella promesa que Dios hizo al hombre y que los santos Padres esperaban con ansiedad en los tiempos mesiánicos.

La Iglesia es con María aquella nueva Mujer que en el Antiguo Testamento aparecía refulgente de luz y que todos esperaban como salvación de su Pueblo. Porque, al encerrar y ser en sí la perpetuación del misterio de la unión de Dios con el hombre, es también la que tiene entrañada en ella el principio y fundamento de la Promesa de Dios al hombre, que es la Encarnación. Y, por lo tanto, como la Encarnación se realizó y la Promesa cumplida fue hecha y consumada en el seno de María, la cual, por ser Madre de Cristo, no sólo lo es de la Cabeza sino de todos los miembros, y Madre que perpetúa su maternidad cuanto duren la Cabeza y los miembros, también la Iglesia tiene a María como Madre durante todos los tiempos.

⁴⁹ Col 2, 9.

Esta maternidad de la Virgen es tan pletórica, que, cuando Dios hizo la Promesa de la Nueva Alianza, anunció en el Paraíso a nuestros primeros Padres que, así como por una mujer entró el pecado, por una Mujer entraría la Vida en el mundo. Por lo que la maternidad de María en la Iglesia es tan grande como corresponde a la Promesa de la Nueva Alianza, porque fue por su Maternidad divina como Dios hizo la Promesa, por quien la realizó, donde la realizó y, por lo tanto, desde donde se perpetúa.

Por lo que es María el Arca de la Nueva Alianza, la Puerta de la gran Jerusalén, Santuario de la Divinidad, el Ánfora preciosa repleta de Dios para saturar con la repletura de su llenura a cuantos vengan a vivir y a beber en la abundancia de los infinitos torrenciales de los Manantiales divinos de las aguas que en su seno se encierran. Siendo la extensibilidad de la maternidad de la Virgen tan perpetua como la Promesa de la Nueva Alianza; y mientras Dios sea Promesa para darse al hombre, María será maternidad, ¡y Maternidad divina!, por donde se nos da la Promesa de la Nueva Alianza.

Es tan grande la maternidad de la Virgen, de la Reina y de la Señora que, por la sublimidad de su misterio, Ella «lo guardaba en el secreto de su corazón»⁵⁰. La Virgen guardaba en el si-

⁵⁰ Lc 2, 51.

lencio el secreto de su maternidad, porque el silencio es el que guarda el secreto de los grandes misterios.

Así la Iglesia, ánfora preciosa repleta de Divinidad, perpetuación y manifestación perenne del misterio de Dios con los hombres y de los hombres con Dios en el seno de María y bajo el amparo y la manifestación de su maternidad, sufre y goza, reina y fracasa en un fracaso aparente como el de Cristo, guardando y oprimiendo, como la Señora, en el silencio de la incomprensión, los grandes misterios de su vida y de su agonizar.

Los planes de Dios no son como los nuestros. Nosotros decimos una cosa que sólo dura un día, y cada día decimos una cosa por la limitación de nuestro ser y de nuestro obrar. Dios no. Su Promesa es un Dicho que obra lo que dice, y lo obra siendo lo que promete mientras dure la Promesa. Y como la Promesa es eterna, con un principio, pero sin fin, eterno es Cristo, eterna es la maternidad de María, eterna es la Iglesia, como eterna es la vida de Dios con el hombre y del hombre con Dios, de aquel que quiera acogerse a la Promesa por su injercción en Cristo, por su dependencia de la maternidad de María y por su incorporación de alguna manera a la Iglesia.

«Estableceré con vosotros una Alianza eterna, las misericordias prometidas a David, las verdaderas»⁵¹.

Y como el pensamiento de Dios no cambia, por eso la Iglesia siempre es la misma; y se perpetúa estable e incommovible; y es sólo una, porque uno es Dios en su Trinidad de Personas, porque una es la Promesa de Dios y de un solo modo. Promesa que, aunque por parte de Dios siempre es la misma, por parte de la correspondencia del hombre, a veces parece que se tambalea en sus miembros, pero no en su Cabeza inmóvil, no en la maternidad de María que, al haber sido hecha Madre de Cristo, lo fue de todos sus miembros para siempre.

Por eso, el que quiera acogerse a la Promesa de Dios no recibiendo la maternidad de María, no reconociendo a Cristo como es, Dios y Hombre, divino y humano o no aceptando a la Iglesia, nueva y celestial Jerusalén, está fuera de la Promesa, no es del Pueblo de la Nueva Alianza y difícilmente podrá ser reconocido por Pedro, que está a la puerta del Cielo para que nadie que él no conozca entre al festín glorioso de los hijos de Dios «marcados en sus frentes con el sello de Dios y del Cordero»⁵²; y que Dios, por la Promesa, prepara para aquellos

⁵¹ Is 55, 3.

⁵² Ap 14, 1.

que, abrazándose a todo su plan, sean reconocidos por el Príncipe de los Apóstoles:

«A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo»⁵³;

Promesa que la Palabra infinita de la Nueva Alianza hizo al Pescador de Galilea, y que se perpetúa cuanto duren los tiempos en sus sucesores.

Cristo no sólo se queda invisible en la Promesa de la Nueva Alianza, en el Sacrificio Eucarístico del altar, en los Sacramentos, por medio de la Liturgia, sino que se queda visible en el Papa, para que el fundamento de nuestra fe, mediante su infalibilidad, no se tambalee, y para que la Promesa de Dios se manifieste visiblemente a través de esa Cabeza visible de la Iglesia. [...]»⁵⁴ «Pero Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos»⁵⁵.

La Iglesia es y encierra en sí la Promesa de la Nueva Alianza, siendo tan irrompible como esa misma Promesa y esa misma Alianza. ¿Quién

⁵³ Mt 16, 19.

⁵⁴ Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

⁵⁵ Lc 22, 32.

podrá romper la Promesa de la Nueva Alianza si es Cristo Jesús, si es Dios mismo hecho Hombre? Pues sólo aquel que sea capaz de romper a Cristo, Cabeza y miembros, será capaz de quitar a la Iglesia la maternidad de María y de quitar al Papa como Supremo Pastor de esta santa Madre: «Pedro, ¿me amas más que éstos?...: Pastorea mis corderos... pastorea mis ovejas»⁵⁶.

Exigiendo Jesús a aquel que ha de pastorear y regir su Iglesia que le ame más que sus hermanos.

¡Qué misterios encierra la Promesa de Dios a los hombres! Por lo que la Iglesia es una; una en su Promesa, una en su principio, una en su Cabeza, «cimentada en el fundamento de los Apóstoles»⁵⁷, Columnas de la nueva y celestial Jerusalén, «construida no por mano de hombre»⁵⁸ sino por el mismo Dios, cobijada bajo la maternidad de María, divinizada por la santidad de su Cabeza y desfigurada por los pecados de sus miembros.

Y esta Iglesia tan divina, tan eterna, tan sencilla y tan señora, para la mirada de Dios siempre es la misma: inmutable, invencible, «fuerte como un ejército en batalla»⁵⁹, dispuesta a en-

⁵⁶ Jn 21, 15-16.

⁵⁷ Ef 2, 20.

⁵⁸ Heb 9, 24.

⁵⁹ Ct 6, 4.

loquecer a Dios de amor como Esposa engalanada en el día de sus bodas eternas. Sin embargo, a la mirada de los hombres, voluble e imperseverante según las épocas.

Unas veces aparece más su plenitud, su perfección, su santidad, su Cabeza, Cristo Jesús, morando en ella con el Padre y el Espíritu Santo y la perfección de sus santos. Entonces los que la contemplan la ven como la única solución de todos los problemas, como la llenura de las exigencias de todos los hombres y la plenitud de la perfección del mundo.

En otras épocas, los hombres, viendo solamente la parte humana de la Iglesia, no perciben más que las imperfecciones y pecados de sus miembros; y como consecuencia, a su pobre mente, que no es capaz de abarcar el misterio total de la Iglesia, Cabeza y miembros, ésta aparece afeada, envejecida, antigua, manchada, fracasada, y tal vez, ante la torcedura ofuscada por la tenebrez de la soberbia, hasta llamada a la destrucción y a la desaparición. Y esto sucede a quienes, no conociendo a Dios, y, por lo tanto, no penetrando en sus pensamientos eternos, «que no habían sido manifestados a los hombres en otros tiempos, como han sido revelados ahora por el Espíritu a sus santos Apóstoles y Profetas»⁶⁰, ni en la Promesa

⁶⁰ Ef 3, 5.

de la Nueva Alianza, no intuyendo su gran realidad, lo miran todo a lo humano, teniendo para ellos el mismo valor lo que dicen los hombres que el Dicho de Dios perpetuado a través de esta misma Iglesia.

¡Oh mente del hombre, que quisiera volver a romper esta creación del Eterno!, ¡que quisiera escapar nuevamente de los brazos del Infinito!, ¡que quisiera la libertad que el primer hombre, roto a los pies del Creador, tenía!

¡Oh soberbia de la mente humana que, cuando se separa del pensamiento divino, lo atrofia todo con la pequeñez y ruindad de sus criterios! ¡Oh soberbia del hombre que no cuenta con que la Promesa de la Nueva Alianza es irrompible porque es el mismo Dios hecho Promesa!

¡Oh mente del hombre, yo hoy de ti me carcajeo, porque, aunque quieras, no puedes romper la Promesa de Dios, porque es Dios mismo hecho Promesa; ni puedes escapar de sus manos porque eres uno con Él, y le has de glorificar eternamente en el sitio que tu voluntad te busque, como rendimiento a la Promesa de Dios aceptada o rechazada; Promesa que ni la vida ni la muerte pueden romper, porque no está sometida al hombre voluble, sino que es hecha y realizada por el mismo Dios inmutable!

Y vuelvo al pensamiento de toda mi vida, al enfoque de mi consagración, a la visión que Dios me mostró del cristianismo para yo darle sentido a mi existencia; el sentido que desde toda la eternidad, al crearme y después al restaurarme, Él quiso poner en mí: he de vivir mi injercción en Cristo, que me lleva a hacerme una cosa con el Padre y el Espíritu Santo, que me cobija bajo la maternidad de María, que me hace una cosa con Pedro y con todo el Colegio Apostólico, que me tiene injertada también con todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo, y que me enseña a vivir de lo divino para dar sentido a todo lo humano.

Cuando, perdiendo la verdadera orientación de su cristianismo y el enfoque sobrenatural de la Promesa de Dios y de sus planes, el hombre, quedándose sin luz, lo mira todo a lo humano, entonces, obrando en consecuencia, va haciendo aparecer a la Iglesia por los pecados de sus hijos cada vez más manchada, más hundida, más empobrecida y aparentemente sin sentido. Por eso los verdaderos hijos de Dios, los que viven de la Promesa de la Nueva Alianza sin desfigurarla, acogidos totalmente a ella con todas sus consecuencias, éstos son los únicos capaces de manifestar el verdadero rostro de la Iglesia.

Pero, como la Sabiduría se comunica a los limpios de corazón, «ya que éstos verán a

Dios»⁶¹, y se manifiesta a los sencillos a través de los Sacramentos y en la intimidad del contacto con Dios, de ahí todo el empeño del demonio en separar a los cristianos de los Sacramentos y del contacto íntimo con los eternos misterios, para dejarles en la pobreza y en la oscuridad de su soberbia, que, rebelándose en contra de las promesas de Dios, intentará destruir el Cuerpo místico de Cristo. Unos procederán con mala voluntad; otros, llevados, no del criterio divino, sino del humano; otros, arrastrados por las corrientes de los pensamientos ofuscados y alocados de los hombres.

Y así como, en el principio, el enemigo confundió al hombre para que se rebelara contra Dios y sus planes, así ahora procura, para conseguir el mismo fin, ofuscar nuevamente las inteligencias por medio de la soberbia, de la diversidad de criterios y de pensamientos, y hacer que los hombres apetezcan una libertad que, rebelándose en contra de los planes de Dios, de su pensamiento y de su Promesa eterna, les lleve a salirse de esos planes amorosos y, quedando fuera de la Promesa, se encuentren aún en peor situación que la del primer hombre.

«Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre... se va y toma otros siete espíritus consigo peores que él, y, entrando, habitan allí,

⁶¹ Mt 5, 8.

y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio»⁶².

Para realizar esto, procura por todos los medios apartar del contacto con Dios a la criatura creada por el Infinito esencialmente para poseerle; contacto que se nos da a través de los Sacramentos y de nuestros ratos de oración, medios por los cuales los miembros de la Iglesia podrán vivir poniendo a Dios en su corazón durante todo el día en todas las circunstancias de su vida, orientándolas y enfocándolas según el pensamiento divino, que da sentido a todo el ser y actuar del hombre.

Y así, en la medida en que el enemigo va quitando el pensamiento divino de la mente del hombre, la confusión y la impureza nos invaden –pues Dios manifiesta su secreto a los pequeños y a los limpios de corazón–, nuestras mentes se ofuscan, nuestro pensamiento se oscurece y, mirándolo todo a lo humano, no aceptamos los planes de Dios, haciendo cargar a la Iglesia, no sólo a su Cabeza, Cristo Jesús, sino a todos los miembros, con las consecuencias desgarradoras y espeluznantes de nuestro «no» al Supremo Bien.

De este modo la Iglesia, incommovible e irrompible, hermosa, divina y divinizante, a ve-

⁶² Lc 11, 24-26.

ces, para los que no tienen ojos candentes de sabiduría divina iluminando sus mentes, aparece como tambaleándose por la confusión de la diversidad de criterios, que, presentándola a los demás como no es, van disgregando el rebaño del Buen Pastor.

¡Pero no importa, que a la Iglesia no hay quien la toque ni quien la divida! Podrá separarse un grupo de miembros de su Cabeza, ¡pero nunca podrá separarse ni hundirse la Iglesia, que es la Promesa de la Nueva Alianza, cimentada y perpetuada en Cristo, el cual es la unión de Dios con el hombre!

«Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino que sois ciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los Apóstoles y Profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por Él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por Él también os vais integrando en la construcción para ser morada de Dios por el Espíritu»⁶³.

¡Oh misterio de la Nueva Alianza! Mi mente hoy se siente translimitada ante la profundidad de lo que vislumbra. Mi lengua balbucea por la impotencia de su expresión para descifrar lo

⁶³ Ef 2, 19-22.

que tengo en mi pecho. Mis fuerzas físicas se me agotan ante el martirio lento y torturante de no poder decir a voz en grito, «con ocasión y sin ella»⁶⁴, como decía el Apóstol, por todos los rincones del mundo y a todos los hombres de la tierra, el compendio apretado de la Promesa de Dios al hombre, que, habiéndole creado al principio sólo y exclusivamente para ser uno con Él y vivir de su vida en la compañía hogareña de su intimidad, por la Promesa de la Nueva Alianza, a este mismo hombre, le hizo hijo en el Hijo, teniendo por adopción lo que el mismo Hijo de Dios tiene por naturaleza.

«Él nos ha destinado en Cristo –por pura iniciativa suya– a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya. Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia ha sido un derroche para con nosotros, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad...: recapitular en Cristo todas las cosas»⁶⁵.

Al principio fuimos creados para ser Dios por participación, para vivir con Él en intimidad, para ser hijos suyos por la manifestación que del Hijo teníamos en nosotros; ya que en el Hijo hemos sido creados, pues, al crearnos

⁶⁴ 2 Tim 4, 2.

⁶⁵ Ef 1, 4-10.

Dios mirándose en lo que a Él le hace ser Dios, nos hizo Dios por participación e hijos en el Hijo. Pero, mediante la Promesa de la Nueva Alianza, somos hijos en el Hijo no sólo por participación, sino por adopción, de forma que Cristo Jesús, en todo lo que es, es el Hijo del Padre por no tener más persona que la divina, y al estar todos nosotros injertados en Él y siendo miembros suyos con la unión que existe entre los miembros y la Cabeza, no es ya solamente una participación del Creador la que tenemos por ser criaturas racionales, sino que participamos también de la filiación del Verbo: «Nos vivificó en Cristo, y nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús»⁶⁶. «Que sean uno»⁶⁷ conmigo, Padre, como Yo lo soy contigo, con la «gloria que Tú me diste»⁶⁸ a mí como Unigénito tuyo y del modo que Yo la tengo como Hijo tuyo, «para que sean consumados en la unidad»⁶⁹. «Que donde Yo estoy estén éstos que me diste»⁷⁰ en el cumplimiento de tu Promesa...

¡Oh Promesa de la Nueva Alianza que hace del hombre Dios, porque Dios se hace Hombre! ¡Oh misterio incomprensible para la mente humana! ¿Cómo podrá vislumbrar ésta lo que el hombre es por su injercción en Cristo frente

⁶⁶ Ef 2, 5-6.

⁶⁷ Jn 17, 11.

⁶⁸ Jn 17, 22.

⁶⁹ Jn 17, 23.

⁷⁰ Jn 17, 24.

a Dios y por la Promesa del mismo Dios al hombre?

Ahora entiendo aún más por qué la Iglesia es tan Señora, tan eterna, tan divina, tan incommovible, tan inderrumbable como una torre fortificada; por qué yo junto a ella me veo tan pequeñita aunque tan amparada. Ahora comprendo el silencio de Dios ante el aparente fracaso de la Iglesia; y por qué Dios no cambia ni se altera por el pensamiento o el actuar de los hombres: Él mira de lo alto y se ríe de «los pensamientos de los hombres», porque «¡cuán vanos son!»⁷¹.

Y por eso, yo pequeñita, cuando la Iglesia me muestra su grandeza, con su triunfo disfruto, y cuando me muestra su aparente fracaso, con su tragedia me siento morir; porque soy tan pequeñita, que sólo puedo vivir lo que Dios, por partes, me muestra de ella, y así la voy viviendo y manifestando según me va siendo manifestada.

Por lo cual hoy, al mostrarme Dios a la Iglesia como cumplimiento de sus promesas y realización de sus planes, al mostrármela como la Promesa perpetuada de Él al hombre, en su realidad divina y humana, gozo con la inmutabilidad de mi Santa Madre, con su santidad, con su fortaleza, con la plenitud de la divini-

⁷¹ Sal 93, 11.

dad que encierra; y sufro con la fragilidad de sus miembros, con los «no» de los hombres al Creador, con la deformación en que, a través de sus propias imperfecciones, la manifiestan. Gozo con el triunfo del Eterno por medio de su Promesa, y sufro con el fracaso del hombre que, no aceptando esa Promesa, puede perderle nuevamente para siempre.

Y, al ver cómo presentan a la Iglesia los que no viven bajo el pensamiento de Dios ni orientados por su Promesa, mi corazón se agita en mi pecho; pues, arrastradas por esa ráfaga de confusión, tal vez muchas almas sencillas lleguen a rebelarse o a oponerse, en alguna cosa, también al pensamiento divino que se nos manifiesta en la Iglesia por medio de Pedro.

Por lo que gimo con gemidos que son innarrables, y como en el año 1963 repito: «Entre el vestíbulo y el altar lloren los sacerdotes y las vírgenes del Señor»⁷², clame e implore todo aquel que se sienta Iglesia, para que los hijos de la Promesa no sean arrastrados por la confusión tras el vocerío inhumano de los que la abofetean, corriendo alocados bajo el impulso de falsos pastores, «disfrazados con piel de oveja»⁷³ y manso cordero, que podrían llevarles a la destrucción, para ellos, de la Promesa de Dios al hombre.

⁷² Cfr. Jl 2, 17.

⁷³ Mt 7, 15.

Y por eso, con Cristo, con María, con la Iglesia y con el Papa, hay que clamar que, aunque estemos en medio del mundo, Dios nos libre del mal, para que no caigamos en la confusión.

¡Gracias, Señor, de que tu Promesa haya sido cumplida, a pesar de la volubilidad de los hombres! Gracias de que Tú mismo te hayas hecho Promesa, de que Tú mismo seas la Alianza de Dios con el hombre, y de que Tú mismo estés en mí y yo en Ti como el Padre y Tú estáis el uno en el otro en la unión del Espíritu Santo.

¡Gracias, Señor, de que sea el Espíritu Santo el mismo que te une a Ti con el Padre en el abrazo eterno de su eterna Caridad y el que une al hombre contigo, para que, por el misterio de la Encarnación, sea uno en Ti y conmigo en su mismo abrazo, en su mismo fuego, en su mismo ímpetu infinito y en la misma unión con que el Padre y Tú os unís!

¡Y gracias de que todo esto se realice en el seno de María, para que su Maternidad divina me comunique con corazón de Madre la Promesa del misterio de la Nueva Alianza que en Ella se nos da...!

¡Gracias, Señor, por tu Promesa cumplida en la Iglesia! ¡Gracias de que yo sea Iglesia, y, por

lo tanto, hija de tu Promesa! ¡Y gracias, Señor, de que tu Promesa sea cumplida en mí...!

¡Gracias porque hay muchos miembros en tu Iglesia que se acogen a tu Alianza! ¡Y gracias, Señor, porque, al final de los tiempos, Tú mismo en persona vendrás a recoger a los hijos de la eterna Alianza que voluntaria y libremente quieren acogerse a tu Promesa!

Mi espíritu hoy está terriblemente apretado por la contención profunda del misterio que descubro; y por más esfuerzos que he hecho, al querer exponer lo que mi ser concibe de la inmensidad, anchura y largura de la donación de Dios al hombre, no he podido dar forma a la filigrana de amor que la magnitud de su plan ha realizado en comunicación para con la criatura.

Quiero acabar y no puedo, porque, a pesar de haber dicho lo que he dicho, tengo dentro de mí un lamento que me dice: ¿Cómo voy a acabar sin haber manifestado lo que tengo que decir? ¿Cómo voy a introducirme nuevamente en el silencio sin expresar mi secreto? ¿Cómo, después de haber abierto mis cerrojos, voy a cerrar nuevamente sus puertas, sin sacar todo el manantial como infinito que en mi pecho se encierra? ¿Cómo podré contener el lagrimear de la Iglesia en mis adentros, sin que chorree el néctar abrasador de sus perfumes por las ca-

vernas de mi pecho, sin destilar hacia fuera su aroma? ¿Cómo podré contener lo incontenible, decir lo indecible, explicar lo inexplicable...? Y ¿cómo podré no decirlo si lo tengo, si soy Iglesia y el Eco diminuto de esta santa Madre, para cantar sus infinitas riquezas?

Por eso, ante la imposibilidad de descubrir la hondura trascendente del misterio que encierro, mi alma volverá al silencio, cerrará las puertas de sus cavernas, oprimirá el gemido de su corazón, ahogará el hálito de su boca, y esperará. ¡Esperará «contra toda esperanza»⁷⁴! en la promesa que Dios, por ser Iglesia, también le hizo para la Iglesia; y que, por no ser recibida por los miembros de esta santa Madre, se siente oprimida y como aprensada, en espera, día tras día, noche tras noche, del cumplimiento de la promesa de Dios sobre ella y, por ella, en la Iglesia.

¡Gracias, Señor...! ¡Gracias, Señor, por no poder decir lo que encierro, y así tener alguna manera de poder ofrecer lo más que pudiera tener en mi vida porque la Promesa de Dios sea cumplida totalmente en la Iglesia!

⁷⁴ Rm 4, 18.

16-6-1975

CONTRASTES

Sufre mi alma afligida
en la hondura de mi pecho,
y late mi corazón
en amores del Inmenso.

Guardo en silencio las voces
que me taladran, hiriendo,
en quejidos del que amo,
con torturantes tormentos.

¡Honduras de mis volcanes...!,
guarde el misterio el secreto
de Dios que rompe en quejidos,
escondido en mis encierros.

Contrastes de vida y muerte,
misterio de tierra y cielo;
llamaradas de amor puro,
hielos de noches en duelos:

¡Dios que me abrasa en sus llamas
a lo largo del destierro,
mientras la tierra me hiere
con el frío de sus hielos!

Silencio, sigue ocultando
cuanto gimo en mis adentros:
¡Días cargados de gloria...!,
¡noches heladas de invierno...!

**PROMESA CUMPLIDA
DE DIOS AL HOMBRE
EN LA NUEVA Y CELESTIAL
JERUSALÉN**

Del libro «Frutos de oración»

761. ¿Quién podrá romper la Promesa de la Nueva Alianza de Dios con el hombre –prometida a Abraham y a su descendencia para siempre y anunciada por los santos Profetas– destruyendo a la Iglesia? El que pueda separar a Dios y al hombre, en Cristo; el que pueda conseguir romper al Cristo del Padre, Dios-Hombre. Y como esto no es posible, ahí está el Cristo glorioso e inmortal, con los brazos extendidos para abrazar a la humanidad. (22-1-76)

759. A semejanza de como la naturaleza humana y la divina se unen en la persona del Verbo, así, entre el Cuerpo Místico y su Cabeza, se realiza una unión tan íntima y divina, que es la santa Madre Iglesia, el Cristo Total de todos los tiempos. (22-11-68)

768. El misterio de Cristo con toda su realidad, terminado en su infinita perfección, según los planes de Dios hecho Promesa de Alianza eterna, se perpetúa en el seno de la Iglesia, y es mostrado y comunicado a los hombres en la misma Iglesia, nueva Sión, en el tiempo o cir-

cunstancia que cada uno necesita vivirlo y poseerlo. (15-9-74)

754. Un manto real de sangre envuelve a mi Iglesia Madre; un manto real que su Esposo, Cristo Jesús, le donó el día de sus bodas eternas, ya que, enloquecido de amor por ella, le dio como regalo su sangre divina, con la cual pudiera perdonar y divinizar a todos sus hijos. (14-11-59)

743. Eres toda hermosa, Hija de Jerusalén; estás engalanada con la Santidad infinita de Dios que te envuelve, penetra y satura, teniendo en ti, por Cristo, «todos los tesoros de la sabiduría y ciencia»¹ de Dios. (21-3-59)

750. Iglesia mía, el Padre te da su Palabra para que te abra su seno amoroso, el Verbo te dice, en un romance de amor de inédita ternura e infinita misericordia, todo el secreto de la vida eterna, y el Espíritu Santo te abrasa en su fuego, depositando en ti sus tesoros y carismas, para que, por tu medio, las almas vivan su filiación divina y se metan en el Seno del Padre. Iglesia mía, ¡qué hermosa eres!, ¡cuánto te amo! (21-3-59)

744. ¡Dios de mi corazón, me enloqueciste de amor con la hermosura de tu rostro, que se me

¹ Col 2, 3.

muestra a través de mi Iglesia santa repleta y saturada de Divinidad! (5-11-76)

741. Eres tan hermosa, Iglesia mía, que jamás podré decir ni cantar la alegría, la grandeza y la perfección que en tu seno se encierra. (15-9-63)

« Soy el Eco de la Iglesia
y la Iglesia es mi canción,
la nueva Jerusalén
que el Señor nos prometió
en la plenitud del tiempo;
según la restauración
del Mesías prometido
que, abriendo el Seno de Dios,
nos encajó para siempre
en el plan del Creador,
para que le poseyéramos
en luz de clara visión;
mirándole con sus «Ojos»
y cantándole en su Voz
en el Amor infinito
del que nos regeneró
para hacernos hijos suyos,
fruto de la Redención
de su unigénito Hijo
para la restauración
de aquellos planes eternos
del que sólo nos creó

para que le poseyéramos;
siendo en participación
herederos de su gloria,
su Pueblo en perpetuación,
hijos de la Madre Iglesia,
de la celestial Sión.

Soy el Eco de la Iglesia,
y la Iglesia es mi canción. »

16-7-2000

773. ¡Qué grande es la Iglesia, Promesa cumplida de la Nueva Alianza, perpetuación viva y viviente de Cristo con nosotros, contención de su misterio, y donación de todo Él a los hombres, en todos y cada uno de los momentos de su existencia! (25-10-74)

770. El misterio de la Madre Iglesia es tan rico, vivo y vivificante, que me une directamente con Cristo por medio de la Liturgia, prescindiendo del tiempo y cortando la distancia, con la entrega, en los días de mi peregrinación, de cuanto Él es, vive y realiza; siendo capaz también de cogerme a mí y trasladarme al tiempo de Cristo, para hacerme vivir y beber directamente en el manantial de su costado abierto. (15-10-74)

774. Por mi injerencia en Cristo vivo injertada con el Padre y el Espíritu Santo con los hom-

bres de todos los tiempos, con los bienaventurados y con la Iglesia purgante. Misterio que se realizó el día de la Encarnación en las entrañas de María, se consumó en la crucifixión, muerte y resurrección, siendo perpetuado por medio de la Liturgia, donde se nos da, a través de la maternidad de la Virgen, todo el misterio del Cristo Universal. (13-7-66)

756. Así como el Espíritu Santo es el que, circundando a la Iglesia en su fuego y encendiéndola en sus llamas refrigerantes, la hizo reventar en amor divino y expresión cantora del Infinito, así mi Iglesia mía es la que, durante todos los siglos, encendida en esa misma llama, nos da todo el amor del Coeterno que ella tiene en su seno recibido de Jesús y de mi Madre Inmaculada, con corazón de Padre, canción de Verbo y amor de Espíritu Santo. (29-9-63)

757. ¡Oh qué hermosa es María...! ¡Pero si aún es más rica la Iglesia...! porque en su Cabeza es el Unigénito de Dios, el mismo Verbo de la Vida encarnado, que tiene consigo al Padre y al Espíritu Santo, con María como Madre de todos los hombres. (20-3-59)

« Es blanca María
cual nunca pensara,
con los resplandores
que envuelven su alma.

Dios la está besando
en ternura tanta,
que es Beso de gloria
su entraña sagrada.

Finuras de Inmenso
en ella plasmadas,
con dulces arrullos
de Amado y amada...

Penetra a la Virgen
en brisa callada
el Beso de Dios...

¡Misterio que aplasta! »

23-12-1974

755. Es el Espíritu Santo el Amor que impulsa al Padre y al Hijo en su donación a la Iglesia, el Amor que la envuelve, penetra, satura y ennoblece; y es el Amor mediante el cual se obró la Encarnación en las entrañas purísimas de María, que es la expresión del habla de Dios a los hombres en urgencia eterna de comunicársenos. (15-9-63)

766. ¡Iglesia mía, Cristo bendito del Padre, Sacerdote eterno, sangrante en el tiempo y glorioso en la eternidad...! (22-1-76)

763. Cada día comprendo más a Jesús descoyuntado, dolorido, y prolongándose en su Pueblo, la Iglesia santa; ella es la perpetuación del Cristo del Padre durante todos los tiempos; Sacerdote eterno y, por ello, víctima desgarrada. (20-1-76)

762. Los hombres tiran de Cristo, unos para un lado y otros para otro descoyuntándolo y desgarrando sus miembros con dolores terribles que repercuten en todo el Cuerpo, Cabeza y miembros. ¡Pero no lo romperán, porque es la misma Divinidad la que se unió con el hombre en unión indisoluble de amor infinito y Alianza eterna! (22-1-76)

764. ¡Cómo me cuesta, Jesús, verte sufrir tanto durante toda tu vida y, en tu Cuerpo Místico, durante todos los siglos! La Iglesia es Cristo con toda su descendencia ante el Padre, en el transcurso de los siglos. (22-1-76)

« *No resisto por más tiempo*, Jesús mío,
tus quejidos en mi seno,
sin consuelo, reprimidos.

No resisto los lamentos de tu alma jadeante,
que me pide quedamente,
en mi pecho delirante,
que consuele tus gemidos.

No resisto tu mirada trasparente,
que, nublada por la dura incomprensión de tus ungidos
se me adentra en mis pupilas dulcemente,
exigiendo, de mi don, amor rendido.

No resisto que se abrasen tus entrañas,
en la urgencia torturante del que ama,
sin respuesta del amante,
y teniéndote en nostalgias de apreturas contenido.

No resisto por más tiempo –Esposo mío, Tú lo sabes–
las urgencias de tu gloria,
reprimiendo, de mi pecho, tus latidos,
sin saber yo más que amarte,
Dueño mío.
Tú conoces los porqués de cuanto encierro,
pues me heriste con la impronta de tu ser en mis
para hacerme tu testigo. [entrañas,

Y así vivo entre penares y en agónicos quejidos,
exigiendo, con urgencias clamorosas,
la respuesta que, a mis dones, Tú reclamas de los míos.

No resisto por más tiempo tus lamentos
en mi hondura retenidos,
rodeada por doquier
de la dura incomprensión en la que gimo.

¡No resisto a lo largo del destierro!,
en mi duro caminar,
por más tiempo la inconsciencia de los tuyos y los míos.

No resisto por más tiempo tus urgencias;
¡bien lo sabes, Jesús mío! »

5-9-1975

765. Cuando necesitemos consolar a la Iglesia,
consolemos a Cristo; cuando la queramos es-
cuchar, escuchemos a Cristo; y cuando la que-
ramos amar, amemos a nuestro Cristo. Nuestro
Jesús es la Cabeza y el Corazón de la Iglesia, la
vida de ésta; por eso, el que conoce a Jesús,
conoce y ama a la Iglesia, y, porque ama a
Dios, agoniza por la Iglesia. (20-1-76)

810. Vivo muerte en vida porque la nueva Je-
rusalén está de luto, desgarrada y llorosa, por
la confusión que se ha filtrado en ella. (28-2-66)

811. ¡Yo no quiero que se descoyunte a la Igle-
sia en una escalofriante tortura que la hace
chorrear sangre por sus miembros vivos...! ¡Yo
no la quiero ver así, escuchando a lo lejos la
burlona carcajada de los soberbios perseguido-
res de mi Iglesia santa, de mi Cristo Total! Yo
sé su perpetuidad, su indisolubilidad, y tam-
bién sé que Dios está en celo por la gloria de
su Amada. (20-1-76)

823. La Iglesia hoy, como Jesús a los Apósto-
les, nos dice: «Velad y orad para que no caigáis
en tentación»². (17-12-76)

² Mc 14, 38.

«Postrada a tus plantas,
te pido adorante,
mi Jesús excelso,
que me comuniqués
el secreto oculto
que encierra tu pecho...

Yo sé que estás triste,
porque lo presiento,
y que estás herido
en las horas largas
que envuelve el misterio:

¡Siglos de sacrario
que oculta al Dios vivo
en su encerramiento
con las apariencias
de rudo alimento...!

Palabra infinita,
canciones de Verbo,
Melodía eterna,
Fruto del Inmenso...,
¡dame tus penares!,
esos que te afligen
en noches de duelos,
esos que Tú ocultas
tras velos.

Iglesia sangrante,
estás desgajada,

cubriendo tus joyas
 con un manto negro...

¿Por qué estás de luto,
siéndote la Esposa
del Dios de los cielos...?!

¿Por qué enronquecida
escucho tu voz
y oigo tu lamento
tras los requejidos
de tu marcha en duelo...?:

¡¡Que mueren tus hijos
por la confusión
que ha puesto el Soberbio
en tu seno!!!

¡¡Misterio que aterra
la gloria del Cielo!!

¿Por qué sufre Cristo
clamando al Inmenso
en las agonías de un Huerto...?

¡Está chorreando
de sangre su cuerpo...!

¡Sus poros se abren,
en dicho cruento,
y rompe cantando
por todo su ser
la Gloria infinita
del Cielo...!

¡Cantares de Sangre
en poros abiertos...!
Todo está sangrando
el Amor eterno,
siendo Redentor,
clamando en el Huerto...

¿Qué tienes, Jesús...?
¡Dime tus misterios!:

Iglesia llorosa
desplomada en duelo
pidiéndome ayuda,
amor y desvelo...

Rostro dolorido
cuajado de lágrimas
que implora consuelo...

¿Por qué está llorosa
la Esposa
del Dios de los cielos...?:

Soberbia que triunfa,
hombres de este suelo...

Dios calla y espera
su triunfo certero.

¿Por qué calla Dios...?
Está enmudecido
el Eterno.

Él sabe esperar,
y amando a los suyos,
vence en el misterio
de su ocultamiento
las mentes confusas
en sus pensamientos.

¡Dime tus penares!,
¡cuéntame tus duelos!,
descansa en mi hondura
ya que algo comprendo,
bajo los arrullos
que envuelve el silencio,
del penar sagrado
de tu encerramiento...

Sé que si Tú callas,
es porque eres BUENO,
y esperas paciente
la vuelta de todos tus hijos
a tu pecho abierto...

¡La mente del hombre
no entiende el misterio
de tus horas largas
en silencios quedos...!

Habla, Jesús mío,
dime tus penares...
Yo escucho, y espero... »

15-11-1973

825. La Hija de Sión aparece tirada, como Cristo en Getsemaní, pero no por eso fracasada ni hundida, ¡no! El Padre la sostiene con el poderío de su brazo, porque su real Cabeza es su Hijo muy amado en quien tiene puestas todas sus complacencias. (22-12-74)

826. ¡Gocémonos! La nueva Jerusalén se levantará de su postración, como Cristo, y, con la fuerza de su poder y el esplendor de su belleza, repleta de Divinidad, será nuestra gloria y el orgullo de nuestro corazón. (22-12-74)

828. Si en nuestro tiempo la Iglesia aparece desgarrada, como Cristo en Getsemaní, en el día eterno la veremos gloriosa, repleta de gozo y de Divinidad, con todos sus hijos en el abrazo del Espíritu Santo. (22-12-74)

23-12-1982

YO APERCIBO EL MISTERIO

En mi alma lacrada por un hondo secreto,
yo apercibo el Misterio:
¡El misterio divino y humano,
el misterio de Dios entre pajas,
que nos dice en romances de amor, sin palabras,
siendo Él la Palabra infinita,
sus amores eternos...!

En un pobre portal, con María y José,
nace el Hijo de Dios que la Virgen llevó
un Adviento en su seno,
abrasada en el fuego infinito del Espíritu Santo
y besada por Él con su Beso.
¡Yo apercibo el misterio,
sin poderlo decir en mi modo pequeño y rastrero...!

Yo apercibo el misterio
de que el Padre pronuncie, en su seno divino,
la Palabra infinita
que a Él le expresa en romances de amor,
como eternos conciertos,
su serse El que Es por su ser,
sin principio y sin fin, coeterno...

Yo apercibo el misterio
del decir infinito de Dios Padre a los hombres
en humilde pesebre y en la noche sagrada
de un profundo y secreto silencio...

Dios prorrumpe, en su seno, en Palabra cantora,
para sí, en su Hijo infinito,
por su boca de fuego, en su Verbo.
Y el que es «El-que-Es»³, poseído y sin tiempo,
se nos viene en humilde portal
a decirnos, con palabras de acá
y en el modo sencillo de un Niño,
el camino seguro y perfecto
para ir hacia Él sin tropiezos.

Yo barrunto el Misterio...
Y apercibo el porqué de su modo de ser,
porque he visto, en un día de cielo,
esa unión que se obraba
entre el Dios infinito y el hombre,
por el dicho del Padre coeterno,
en el seno virginal de María,
que se abrió a la voz del Inmenso
en el Beso infinito del Espíritu Santo,
que, al besarla, cubrió con su sombra
el misterio divino de la Encarnación,
en el modo sublime y sencillo
que El que Es por su ser
en su inmenso poder pudo hacerlo.

³ Éx 3, 14.

Y yo sé cómo es, o, mejor, ¡yo lo vi! aquel día de fuego,
en la lumbre infinita que me dio la sapiencia de Dios,
en un toque tan bueno,
que quedé sin saber, y sabiendo,
el misterio de su unión con el hombre
en el seno bendito de la Virgen María,
que en Madre rompió, siendo Virgen,
por el beso infinito del Espíritu Santo en su vuelo.

Yo ya sé cómo es la Promesa de la Nueva Alianza
que se obró en el misterio
de Dios serse El que Es por su ser
sin principio y sin tiempo,
y entregándose al hombre, siendo amor infinito
que, encarnado, nos besó en un Niño
con su Beso de fuego,
tan sencillo y sagrado,
tan humilde, tan divino y tan bueno.

Y ahora nace en Belén, entre pajas,
Emmanuel, en humilde pesebre,
con José y con María adorando en silencio,
porque saben el misterio de Dios hecho Hombre,
en el modo que Él mismo ha querido meterlos
en la eterna sapiencia del Jesús pequeñín,
que, llorando, nos dice su amor en la tierra
con los modos de acá, en la noche cerrada de invierno,
siendo el Sol infinito en eterna clemencia
y en sus lumbres candentes de fuego.

Yo no puedo decir cómo es lo que vi
en la unión que se obró

cuando el Verbo ya es Hombre,
cuando el Hombre ya es Dios,
y quedó en el silencio
de la entraña sagrada de la Virgen María,
y ocultóse algún tiempo en su seno de Madre,
que cubriría el Espíritu Santo en arrullo de amores
con su Beso de fuego.

Y ahora nace en un pobre portal el Jesús chiquitín,
prometido a los hombres, el Mesías de Dios,
que, asequible ¡y tan tierno!
nos descubre su amor. ¡Oh terrible misterio!

¡Y ya llora en Belén...!
Y yo sé por qué fue, de esta noche, el misterio,
aunque nunca diré con palabras creadas
lo que yo comprendí en aquel día con la luz de los cielos.

Yo te adoro, ¡Jesús pequeñín,
mi Dios infinito hecho Hombre y oculto entre velos!,
con respeto y amor, con cariño y ternura,
y te beso en un beso de entrega total,
en mi modo de ser ¡tan pequeño,
tan pobre y de tanto secreto!

¡¡Mas, yo sé cómo es el portento de Dios hecho Hombre
y naciendo en un pobre portal,
envolviendo la noche el Misterio...!!

¡Oh feliz Navidad!
donde Dios se nos dona,
hecho Niño en un pobre portal,
entre pajas, por amor y en silencio,
cual Promesa cumplida de Dios
y anunciada a su Pueblo.